

Históricas Digital

Camilo Vicente Ovalle

“La experiencia insurgente, un debate”

p. 76-98

Instantes sin historia

La violencia política y de Estado en México

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

112 p.

Figura

(Históricas Comunicación Pública 8)

ISBN 978-607-30-7254-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de diciembre de 2024

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/806/inst-antes-violencia.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

V

LA EXPERIENCIA INSURGENTE, UN DEBATE

Se han planteado algunas cuestiones alrededor de la violencia estatal, su proceso de negación y la interpretación excepcionalista que la acompañó. Sin embargo, este fenómeno de ocultamiento no sólo oscureció el despliegue de la violencia estatal, también borró la violencia política de actores no estatales: organizaciones sociales, guerrillas, comunidades o colectivos. Este desplazamiento se ha efectuado por medios aún más complejos vinculados a la configuración pública de las disidencias políticas como sujetos degradados, cuyas experiencias y procesos de insurgencia son subsumidos primero al discurso de la modernización autoritaria y después al de la modernización democrática. Por otro lado, con el borramiento de esta violencia insurgente, se intentaron eliminar las profundas causas de la insurgencia: la injusticia social, la apropiación de la riqueza por medio del uso patrimonial del gobierno, la represión constante para garantizar la continuidad del régimen y la condena a la miseria a amplios sectores de la población para el beneficio de unos pocos.

La disidencia del proceso de modernización autoritario —llevada adelante fundamentalmente por maestros, campesinos y obreros— ha quedado atrapada en la lógica del conformismo y el corporativismo como estrategia del régimen autoritario, es decir, sólo se lee a la luz del mismo proceso autoritario que degrada las experiencias de organizaciones y movimientos a meros estertores de sujetos políticos destinados

a desaparecer o alimentar la estructura autoritaria. Esto se presenta como necesario para el esquema interpretativo de la excepcionalidad, porque le otorga su justificación: a falta de una insurgencia capaz de desafiar el proceso de configuración autoritaria, sometida al conformismo, es posible ignorar la magnitud de la violencia estatal que tuvo que ser desplegada para semejante sometimiento de forma continuada. En el balance de este proceso, por ejemplo, Carlos Pereyra (1979), en su ensayo para el libro colectivo *México hoy*, señaló que:

La ausencia de corrientes antagónicas que presentaran un desafío serio al régimen fortalecieron al Estado, a su capacidad de permear y controlar a la sociedad civil. En la alianza entre Estado y clases populares, éstas cedieron autonomía política e independencia ideológica a cambio de concesiones que mejoraron su situación económica y vigorizaron su posición dentro del sistema político.

Pereyra no sólo no considera la violencia de Estado como uno de los factores que permitieron la consolidación del régimen en su control sobre la sociedad, sino que, en su análisis, la responsabilidad recae sobre la debilidad e incapacidad de las clases subalternas para presentar desafíos serios.

Se pasó por alto la dialéctica de la violencia que subyace al conformismo. Quizá Pablo González Casanova lo advirtió con mayor claridad. En la *Democracia en México*, publicado en 1965, este autor identificó que la marginación social era directamente proporcional a la marginación política, pues la inmensa mayoría no contaba siquiera con organizaciones para manifestar su inconformidad. En ese “México marginal sobreviven bajo formas tradicionales de súplica y petición a las agencias gubernamentales”; sin embargo, las formas de la súplica y el camino del conformismo no eran inherentes, sino decisiones pragmáticas derivadas del aprendizaje cotidiano de las violencias estatales: “La súplica y el silencio le sirven de poco; pero la protesta y la organización son el camino tradicional de la cárcel, el éxodo e incluso la muerte. Por eso lo más ajeno a su elemental sentido de supervivencia es pensar

en tener un líder propio, en organizarse, en votar” (González Casanova 1967).

A los sectores más radicalizados les han correspondido caracterizaciones como “una minúscula orquesta crepuscular de ranas y grillos que toca una delirante musiquita en las afueras de la realidad”, según Octavio Paz (Paz 1979b). Aunque ese radicalismo se comprenda como honesto, sus fuentes son las “experiencias de la represión sufrida, y en la resistencia popular con pocas perspectivas en el uso de recursos legales y políticos” (González Casanova 1986c). De acuerdo con González Casanova, sus acciones y su opción por la violencia política siempre se interpretaron como un mero acto desesperado, o en un sentido aun más degradante, como funcional al régimen autoritario o carente de todo sentido político. Según Arnaldo Córdova (1979), en su ensayo “Política de masas y futuro de la izquierda”,

El desdén por la bandera de la democratización del sistema político y de las organizaciones de clase del proletariado cobró su forma más enconada en los movimientos guerrilleros, pero es característico de un amplio sector que se ubica en la izquierda grupuscular, populista, sin partido de la década actual. Esta izquierda integrada por estudiantes o jóvenes profesores universitarios y por grupos políticos de trabajadores marginales del campo o por colonos urbanos, carece de participación en el movimiento sindical, lo que explica su característico repudio a la lucha democrática.

Fue a finales de la década de 1990 cuando, aún de manera marginal, comenzaron a publicarse análisis sobre las violencias insurgentes y las prácticas represivas del Estado. Este resurgimiento no fue casual. La reaparición del fenómeno guerrillero en 1994, la posibilidad de la guerra y la puesta en práctica de estrategias represivas que se pensaban agotadas exigieron el estudio de la violencia política en perspectiva histórica.

En la primera década de 2000 se presentaron los análisis más sistemáticos sobre dos grandes ejes: por un lado, la

historia de los grupos armados que surgieron entre las décadas de 1960 y 1970, que ha recibido mucha mayor atención, y por el otro, con menor desarrollo, el análisis de las estructuras, estrategias e instituciones dedicadas a la contención o aniquilamiento de la disidencia. Hay que destacar el impulso testimonial, entre otros, de Salvador Castañeda, con *La negación del número*; Fernando Pineda Ochoa, con *En las profundidades del MAR*; José Arturo Gallegos Nájera, en *La guerrilla en Guerrero*; Gladys López Hernández, en *OvarimONIO, ¿yo guerrillera?*; María de la Luz Aguilar Terrés, con *Guerrilleras. Antología de testimonios y textos sobre la participación de las mujeres en los movimientos armados socialistas en México*, y Lourdes Urranga, en *Comparezco y acuso*. Sobre los estudios de la guerrilla, *Movimientos armados en México, siglo xx*, editado por Verónica Oikión Solano y Martha Eugenia García Ugarte, fue la primera gran compilación. Con el mismo ánimo de recopilación, está *Challenging Authoritarianism in Mexico: Revolutionary Struggles and the Dirty War, 1964-1982*, de Adela Cedillo y Fernando Herrera. Una visión panorámica se encuentra en *México armado*, de Laura Castellanos, y los dos textos de Fritz Glockner, *Memoria Roja* y *Los años heridos*.

La perspectiva de caso también se ha extendido poco a poco. Para el caso de Sinaloa, podemos mencionar *Estudiantes en armas*, de Sergio Arturo Sánchez; para Chihuahua, *La revolución que llegaría*, de Aleida García; *Madera rebelde. Movimiento agrario y guerrilla*, de Jesús Vargas; *Ciudad Juárez, movimientos sociales y rebelión (1960-1980)*, de Alicia de los Ríos. Sobre Guerrero hay una bibliografía extensa, pero pueden destacarse *Specters of Revolution*, de Alexander Aviña, y el trabajo reciente de Francisco Ávila Coronel, *Historia social de la guerrilla del Partido de los Pobres (Atoyac, Guerrero) (1920-1974)*.

Vale la pena recordar que en julio de 2002 se reunieron exmilitantes de organizaciones guerrilleras, investigadoras e investigadores en El Colegio de Michoacán, convocados por las historiadoras Verónica Oikión Solano y Marta Eugenia García Ugarte. El encuentro, además de ser inédito en su naturaleza, resultó relevante política y académicamente: se llevó a cabo en el contexto de los inicios de la Fiscalía Especial

para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado, y ponía en el espacio público la voz de los exmilitantes. En términos académicos, el acercamiento significó dar el primer paso firme en el camino de la investigación de esta historia de violencia política que había sido ignorada. La reunión vino a sumar y confirmar la necesidad de esta historia, de la que ya se habían hecho algunas contribuciones relevantes, como señalaron las coordinadoras:

Pese a sus limitaciones y deficiencias, este libro constituye el primer paso para avanzar en los propósitos académico, social, político y jurídico-legal de construir una historia de los movimientos armados en el país (y en lo sucesivo cubriendo regiones de estudio cada vez más amplias). Su gran virtud radica en integrar el tema a la historiografía del siglo XX, dándoles nombre y rostro a los actores sociales, es decir, restituyendo su actuación dentro de la memoria histórica (Oikión Solano y García Ugarte 2006).

A veinte años de esta obra, podemos hablar de un corpus consistente y un marco más o menos estable que sirve de base para nuevas indagaciones. Sin embargo, aún hay vacíos significativos no sólo en el estudio de organizaciones, también en el proceso de radicalización de la disputa política. Los trabajos al respecto contribuirán a la crítica de algunos prejuicios y reduccionismos que se han elaborado como parte de este debate y han encontrado continuidad en la investigación historiográfica.

Uno de ellos es reducir el proceso de violencia política, revolucionaria e insurreccional a una de sus expresiones particulares: la guerrilla. En la producción académica se ha desarrollado una cierta fetichización de las armas y la clandestinidad, un regusto militarista (Sosa 2014) que ha puesto en segundo plano o ha olvidado la dinámica política y los procesos de insurgencia social en los que las organizaciones guerrilleras participaron y de los que fueron sólo una fracción. Por ello, además de una historia de la guerrilla, se necesita una historia de las insurgencias sociales.

Vinculado a este reduccionismo, en la historia de la guerrilla se ha impuesto una estructura narrativa que organiza los eventos en un plano secuencia que cuenta cómo la radicalización individual y colectiva arrancó a una generación de las movilizaciones y procesos populares, y la lanzó por el oscuro camino de la clandestinidad y las armas. Esto alimenta, de manera consciente o no, una postura derivada del conflicto político que se transformó en el eje de interpretación histórica, a saber, que el experimento guerrillero fracasó porque estuvo alejado de las masas y la lucha de clases. El historiador argentino Hernán Confino publicó en 2021 *La contraofensiva: el final de Montoneros*, donde hace una crítica a interpretaciones similares y las denomina “hermenéutica de la derrota”, ya que hacen del desenlace del proyecto un principio explicativo de su trayectoria previa”. Estas formas interpretativas oscurecen el proceso y nutren la degradación de las memorias de los sujetos insurgentes.

Se ha eludido responder con mayor profundidad y complejidad a preguntas como ¿cuál fue la relación de las organizaciones guerrilleras con las organizaciones populares radicales o los sindicatos, con las organizaciones campesinas o las comunidades o pueblos indígenas movilizadas?, ¿cuál fue la posición de las organizaciones guerrilleras en los procesos de insurgencia social? Hay un número importante de experiencias que señalan que fue una relación difícil, pero también hay otras que hablan de colaboración y vinculación, como la participación de la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S) en Sinaloa con jornaleros en los valles agrícolas de Cuiliacán y El Fuerte, en la costa de Oaxaca, en la maquila en Ciudad Juárez, o el caso de la Unión del Pueblo en el Movimiento Democrático Universitario y la relación de las comunidades de la Sierra de Guerrero con la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) y el Partido de los Pobres (PDLP), entre otras. En este ámbito se puede situar el trabajo de Francisco Ávila Coronel (2018). En cualquier caso, las relaciones entre las organizaciones guerrilleras y los movimientos populares fueron todo menos inexistentes.

Reinscribir a las organizaciones guerrilleras en su contexto de violencias políticas e insurgencias sociales obliga a comprender y explicar, por un lado, el proceso por el cual las insurgencias se decantan por la vía popular o la guerrilla, y por el otro, cómo estas vías se entrecruzan, coincidan o chocan. Esto implicaría comprender la opción por las armas más allá del epíteto de “militarismo”, que se usa más para descalificar y se ha impuesto a las organizaciones que incorporaron esta alternativa (Illades 2014). La elección de las armas claramente formó parte del diseño estratégico del proceso revolucionario que se imaginaron e intentaron impulsar los cientos de guerrilleras y guerrilleros. Con diseño estratégico quiero decir que fue una opción discutida y, al menos en principio, supeditada a consideraciones políticas. Carlos Montemayor fue enfático al recordar que las violencias políticas, en especial las guerrilleras, no fueron el comienzo de los ciclos de las violencias, sino una estrategia para poner un alto justo a la violencia estructural y represiva implementada por el Estado y a las violencias de los grupos de poder locales, caciquiles o de las estructuras criminales.

Tampoco hay que pasar por alto que la opción por las armas no fue exclusiva de las organizaciones guerrilleras, también estuvo presente en las organizaciones que las empuñaron en distintos procesos políticos de autodefensa o acción directa. Como he señalado, esta elección no necesariamente significó la disyuntiva de dejar de trabajar por vías no armadas o el abandono de la participación en la lucha de masas: la imagen del guerrillero armado y aislado en la sierra, o encerrado en una casa de seguridad alimentando su clandestinidad urbana, está muy lejana de la guerrilla “realmente existente”. Ésta es otra de las tareas pendientes de la investigación: ¿qué significaba ser militante de una organización guerrillera?, ¿qué era la clandestinidad?, ¿cómo convivía esa clandestinidad en el ámbito de la lucha política en la que se inscribía?

Hacen falta estudios sistemáticos sobre las características generacionales, la formación y emergencia de esa nueva subjetividad política que se enfrentó al régimen autoritario y pretendió tomar el cielo por asalto. En Oaxaca, Guerrero, Michoacán,

Chihuahua, en casi todo el país, con distinto grado y fortuna, existieron organizaciones populares radicales que formaron parte de esa insurgencia social, toda una generación insurgente de la que hay que dar testimonio. Alicia de los Ríos Merino (2022) ha hecho un estudio relevante a partir del concepto de generaciones y sobre las generaciones que integraron la LC23s.

Entre estas características generacionales sigue en debate el tema de la pertenencia de clase y se sigue desplazando la experiencia de clase, que fue la que forjó la convergencia entre los normalistas y los campesinos chihuahuenses para dar contenido al movimiento popular y guerrillero de la primera mitad de la década de 1960 (García Aguirre 2015), o entre los estudiantes pobres y los jornaleros agrícolas de Sinaloa, por citar dos ejemplos. Aunado a la experiencia de clase, habría que considerar en un estudio profundo sobre esta generación el papel que jugó la memoria histórica de las luchas políticas regionales, las derrotas y las victorias, vinculada a la configuración de larga y mediana duración de una subjetividad política que emergió hacia la década de 1960. Esto se expresa con mayor claridad en Guerrero, en el recuerdo de las comunidades serranas y de la costa sobre la Revolución de 1910 y los distintos levantamientos, memoria que alimentó la formación de la guerrilla. Por ejemplo, en Oaxaca, además, hay que considerar la estructura comunitaria indígena como factor relevante en la formación de la subjetividad política.

Sobre esta formación de la subjetividad, se puede presentar un primer retrato de generación por medio de las experiencias de militantes de organizaciones populares y guerrilleras. Si la configuración pública como sujetos degradados, que se produjo a partir de la borradura de una generación insurgente, se estableció como correlato de la violencia de Estado, la crítica a ésta tiene que partir de la exposición de la experiencia insurgente desde una mirada que cuestione la borradura y los prejuicios sobre esa generación.

Por esta razón es necesario presentar a continuación algunas reflexiones, apenas fragmentos de la experiencia insurgente, para inscribirla en el proceso de interpretación histórica.

Reflexionando sobre su propia experiencia, Lula, como la conocen entre exguerrilleras y exguerrilleros, militante estudiantil en el movimiento de 1968 en la Ciudad de México, después integrante de organizaciones obrero-populares semiclandestinas y militante de la ACNR, habla de forma directa y sin miramientos:

Yo estudié en la UNAM, era de la Facultad de Derecho. Nací en el barrio de San Pablo. Ese barrio tenía un hospital de monjas, allí nací yo. Y un tiempo me críe en el barrio de la Merced, después ya viví en Iztapalapa [...]. Soy hija de un obrero, un obrero cinematografista que fue fundador de la sección 1.

Así comienza la reflexión sobre su formación política, en una entrevista que sostuve con ella en 2014. Lourdes Uranga, militante del Frente Urbano Zapatista, en sus memorias *Comparezco y acuso*, recuerda que, cuando la trasladaron a la cárcel, después de la tortura, en 1972, en el grupo de detenidas que la recibieron estaba Lula “con su sonrisa y el desparpajo que nunca ha perdido, nos dijo: ¡qué bien que llegan en este día porque hay tamales! [...] Efectivamente, necesitábamos consuelo, fortalecernos, pues se llega con el corazón roto, el cuerpo humillado” (Uranga López 2012).

Lula perteneció a la generación de jóvenes que se había formado bajo la sombra y el enfrentamiento con el autoritarismo político y social mexicano, y que ya contaba con experiencias suficientes sobre las capacidades del Estado para reprimir la disidencia. La masacre del 2 de octubre de 1968 fue parte de una larga cadena. Por ello, la decisión de seguir enfrentando al régimen autoritario pasando por alto los riesgos y costos ya demostrados no parecía una opción lógica. Lula ataja y de un brochazo pinta un panorama generacional:

Te voy a decir una cosa, las revoluciones yo sí estoy segura que se hacen con audacia, mucha audacia y más audacia. Sí sabes el enemigo que tienes en frente, sí sabes que si te pe-pena, puede que no haya un mañana, sí sabes que [es] mucho

mayor en fuerza y hasta en inteligencia, pero tú haces tu golpe de audacia. Si sale, ¡a toda madre! Si no, pues bueno, fue un intento. Yo creo que permeaba mucho eso dentro de la ACNR, permeaba y te permeaba [...]. Ésa es una de las cosas que caracterizó a la gente de la guerrilla. Claro que muchos no lo pueden contar, por ejemplo, Raúl Ramos Zavala, o muchos otros o muchas otras, pero dijeron: ¡pues como va!

Contamos con un corpus importante de estudios sobre la formación de varias organizaciones guerrilleras que desplegaron su acción en la década de 1970, el fenómeno guerrillero en general y las organizaciones populares del mismo periodo, aunque en menor medida. Sin embargo, los estudios sobre las izquierdas en México tienden a reducir esta experiencia en dos sentidos. Por un lado, cuando tratan sobre la emergencia de una nueva izquierda, en particular en referencia a las organizaciones guerrilleras, en especial las urbanas, sustituyen la experiencia de clase por ciertas condiciones sociodemográficas que pueden ser equívocas, hasta caracterizarlas como una expresión del descontento de las juventudes ilustradas de la clase media. En efecto, el proceso de industrialización y crecimiento de las ciudades, con un importante abandono del campo, contribuyó al cambio del perfil sociodemográfico; sin embargo, eso no significó la reducción de la población en condiciones de marginalidad y pobreza. Muchos de los jóvenes citadinos que se manifestaron en las décadas de 1960 y 1970 —cuyas familias habían llegado del campo y cuyos padres se habían transformado en obreros o empleados— seguían en una situación de precariedad y pudieron acceder a la educación universitaria por la política de ampliación de la cobertura. Por otro lado, la memoria ciudadana de la gran capital ha desplazado la presencia de otros jóvenes, como el campesino y el obrero, que también se involucraron en las luchas populares y armadas, y nutrieron las movilizaciones y organizaciones. De las personas que fueron alcanzadas por la represión más dura en Guerrero, Chihuahua o Oaxaca, muchos fueron jóvenes campesinos y trabajadores entre los 14 y 30 años. En un estudio reciente sobre las izquierdas, Ariel

Rodríguez Kuri (2021) brinda algunos elementos interesantes del perfil de los jóvenes guerrilleros:

La edad promedio de los guerrilleros en el momento de su captura era de poco más de veintitrés años, algo esperable por la naturaleza de su aventura. Por lo demás, 27.3% ha cursado sólo educación primaria, secundaria o el equivalente de esta última en normales rurales; 16.7% realizó estudios bachilleratos o técnicos, y 33.5% cursó estudios universitarios [...]. La imagen de los guerrilleros como estudiantes universitarios radicalizados es una aventura ideológica que no se sostiene.

Los jóvenes estudiantes que se sumaron en masa a las movilizaciones en los años setenta no fueron en su totalidad ciudadanos privilegiados y radicalizados ideológicamente por el contexto internacional ni por la enseñanza del marxismo en las universidades. Hay que incluir en el análisis a un sector de esa juventud que incorporó el origen y la experiencia de clases populares, proletarias y campesinas como sus marcos para la acción.

La historiadora Aleida García Aguirre (2015) trae a cuento un texto de Arturo Gámiz, uno de los fundadores del Grupo Popular Guerrillero, en el contexto de las movilizaciones campesinas por la tierra en Chihuahua, a comienzos de la década de 1960: “aunque jóvenes, nos preocupan los problemas de la patria. Estudiantes pobres; somos hijos de campesinos y obreros. Por eso estamos aquí pidiendo al pueblo que eleve su voz de protesta, exigiendo justicia”.

No se trataba de retórica política para ganar el favor de las masas, sino de un posicionamiento y una declaración de origen de clase. Esto fue consistente en otras experiencias a lo largo de este periodo, por ejemplo, el movimiento estudiantil sinaloense, en especial el sector denominado “los enfermos”, cuyo proceso de radicalización estuvo vinculado a la solidaridad con el movimiento campesino y jornalero, y a la represión y el enfrentamiento con las policías. Pero esa solidaridad tuvo un motor en las coincidencias de clase. Jorge Luna Lujano, uno

de los líderes de “los enfermos”, comentó en entrevista a la revista *Por Esto*, en febrero de 1984, que las casas de estudiantes funcionaron como espacio de formación política, y que de ahí saldrían muchos de los cuadros participantes en las movilizaciones campesinas y después de la LC23s:

Las Casas del Estudiante en Culiacán (la Rafael Buelna, la Genaro Vázquez y la Guasave) eran semilleros de cuadros políticos por dos razones fundamentales: la primera, por el hecho de que en su inmensa mayoría estaban integradas por estudiantes de muy escasos recursos económicos. En realidad, las condiciones de vida en esas Casas eran tan precarias [...] que sólo vivían en ellas quienes verdaderamente no tenían para pagar en otro lado.

En entrevista, Ramón, exmilitante de la LC23S en Sinaloa, aprehendido en enero de 1978 y mantenido como detenido-desaparecido hasta julio del mismo año en el Campo Militar Número 1, recuerda: “Mi jefa se dedicaba al hogar, mi jefe era tornero. Se podría decir obrero del metal”. Como otros jóvenes sinaloenses de escasos recursos, al ingresar a la Universidad Autónoma de Sinaloa se trasladó de su hogar y llegó a vivir a una casa de estudiantes: “generalmente éramos gente de origen de trabajadores. Por ejemplo, había muchos hijos de jornaleros y campesinos que venían de otras partes de aquí de Sinaloa”. Las casas de estudiantes no sólo servían de habitación, sino de centro de formación política: “cuando caía la tarde, cada quien agarraba para su círculo de estudios, estudiar y prepararse en la cuestión política”. De esas casas de estudiantes salió la mayor parte de las brigadas para apoyar a los campesinos y jornaleros movilizados:

O sea que los obreros agrícolas, jornaleros, campesinos son severamente explotados aquí. Abusan mucho los caciques de aquí, los terratenientes, los exprimen. Esta gente generalmente viene del sur, de Oaxaca, Guerrero. Entonces cuando llegan aquí, a la temporada de tomate. Entonces, había dos, tres campos agrícolas que tenían unos capataces

muy agresivos, muy prepotentes, abusaban de una manera atroz de ellos. Entonces, ellos van y nos piden apoyo. Para eso, nosotros ya teníamos talleres de preparación política, con cuadros de dirigentes de la Liga. Yo en lo particular, desde que tengo contacto con eso, yo simpatiqué de lleno con eso, era lo más honesto, lo más justo y lo más real.

Este proceso se puede constatar en otras experiencias, por ejemplo, un factor clave en la formación de organizaciones populares fue la interacción con procesos de lucha popular que estas casas de estudiantes permitieron. Jesús, militante y dirigente de la Coalición Obrero Campesino Estudiantil del Istmo (COCEI), fue detenido-desaparecido en octubre de 1977, y de nuevo en diciembre de 1983. Fue puesto en prisión política de 1984 a 1987. Señala en entrevista:

Después me pasé a vivir a la casa de estudiantes, a la Casa de Estudiantes Juchitecos, después a la Casa de Estudiantes Istmeños, en la colonia Nueva Santa María [...] desde allí también nos desplazábamos hacia diferentes puntos del país, por supuesto Juchitán y la región del Istmo, para hacer trabajo, lo que nosotros le decíamos en aquel tiempo el trabajo directo con el pueblo [...]. Después de la matanza del 68 y el 71 el movimiento estudiantil cae en un reflujó de manera natural por el golpe recibido [...] pero posteriormente el movimiento resurge pero ya a través de las casas de estudiantes [...], ya con otras características, ya no propiamente con demandas estudiantiles, sino que es un movimiento que se incorpora al movimiento popular, y al movimiento obrero y campesino en el país. Muchos de los estudiantes de las Casas de Estudiantes eran de origen obrero o de origen campesino, fundamentalmente.

Ahondar en el estudio de estas experiencias, en la formación de la nueva disidencia, sigue siendo una tarea pendiente. Cobra relevancia frente a una idea bastante difundida, en la que una parte de esa generación, que se integró a las organizaciones guerrilleras, se dibuja como una juventud sin ningún

tipo de contacto con las masas populares, los trabajadores y campesinos, radicalizada sólo ideológicamente, pero vacía de contenido y experiencia de clase.

Otro elemento que hay que considerar en un estudio profundo sobre esta generación es el papel que jugó en ella la memoria histórica de las luchas políticas regionales, las derrotas y las victorias. Esto se expresa con mayor claridad en Guerrero, en el recuerdo de las comunidades serranas y costeñas sobre la Revolución de 1910 y los levantamientos, memoria que alimentó la formación de la guerrilla (Radilla Martínez 1998; Martínez Ocampo 2009), y en Oaxaca. Jesús, señala:

El espíritu rebelde se nutre sobre todo de los referentes de lucha y la indignación que provoca el uso de la fuerza por sofocar las luchas. Así por ejemplo tenemos como fuentes principales, el movimiento internacional, la lucha nacional y la tradición local. También fuimos influenciados por la tradición local, Juchitán, el Istmo, tiene una larga tradición de lucha que viene desde nuestros ancestros, que viene desde la época de la conquista, pasando por la lucha por la Independencia, la lucha encabezada por Benito Juárez contra los conservadores en su época, aquella lucha que se llamó la Guerra de Reforma, donde también hubo una participación importante aquí en nuestra región y en Juchitán particularmente, y en la Revolución por supuesto, y en las luchas posrevolucionarias [...]. De hecho, nuestra educación en la infancia y en la adolescencia contó con la referencia de algún modo de parte de nuestros abuelos y de nuestros padres de aquellos acontecimientos.

A diferencia de otras experiencias, en Guerrero y Oaxaca la estructura comunitaria indígena fue uno de los factores relevantes en la formación de la subjetividad política de la nueva disidencia (Rubin 1997).

En estas experiencias de clase también fueron relevantes la difusión de ideas, lecturas y cierto conocimiento del contexto internacional, en particular de las luchas de liberación nacional en el Tercer Mundo y los referentes culturales y políticos

compartidos que dieron forma al rostro de esta generación. En las entrevistas con militantes de varias organizaciones de Guerrero, Oaxaca y Sinaloa, es posible notar un “espíritu de época” que va más allá de sus diferencias regionales, organizativas y formativas. Traigo a cuento tres narraciones de esta generación.

Jesús, militante de la COCEI:

Empecé desde muy joven, empecé influenciado por algunas lecturas y algunos movimientos que se dieron en aquella época. Una de las primeras lecturas que tuve, recuerdo que fueron, entre otras, el *¿Qué hacer?*, de Lenin, *El Estado y la revolución*; el *Libro Rojo*, de Mao, que estaba de moda en aquella época. Y algunas publicaciones a nivel nacional, como las revistas que publicaba Rius: *Los supermachos*, *Los agachados* [...]. También a través de la revista *Por qué?* [...]. Pero también los movimientos de aquella época [...]. En ese momento se estaba llevando a cabo el movimiento estudiantil del 68 [...]. De hecho, antes del 68 se dan otros movimientos, Chihuahua, el estado de Guerrero, se dan movimientos cívicos, por los derechos elementales de los ciudadanos, por la defensa de los obreros, de los campesinos [...]. Las noticias de esos movimientos también nos llegan a través de algunas publicaciones, periódicos o revistas, como *Siempre!*, el *Excelsior*, también leíamos esas publicaciones y nos enterábamos de lo que pasaba. Todo eso nos fue de algún modo influenciando, empezó a desarrollar en nosotros cierto grado de indignación y de conciencia. Y claro, el movimiento del 68, que fue una especie de síntesis de los movimientos anteriores. Y a nivel internacional también se dieron importantes movimientos, estaba la guerra de Vietnam, la Revolución cubana, la lucha por la democracia y el socialismo encabezado por Salvador Allende, la lucha de los negros en Estados Unidos, todo eso influyó en nosotros.

Juan, militante de la LC23S:

Lo que pasa es que hubo muchos factores que influyeron en esto [...], pudiéramos hablar de la época de la rebeldía,

el problema de la guerra de Vietnam. Otro factor que influyó mucho en los jóvenes fue el problema del Che Guevara. Acá en México, eso fue un detonante, como todas esas cosas influyeron en la forma de pensar del joven [para que] fuera un poquito más liberal y tuviera ideas más diferentes dentro de todo eso también, cuando la Revolución cubana, pues estaba muy cerquita, y estábamos viviendo la situación... estábamos al tanto de la situación que se estaba viviendo en Cuba, el problema del Che Guevara en Bolivia [...] y así... y como joven, y la inexperiencia y la inquietud de la juventud, porque a esa edad todo se nos hace fácil, entonces lo que aprendíamos en la escuela, lo que leíamos, porque prácticamente a nosotros nos llegaban paquetes de literatura de filosofía marxista-leninista, contacto directamente con Cuba, o sea, a veces me pongo a pensar, bueno ¿cómo es que un joven de 16, 17, 18 años tuviera a su alcance [todo eso]?

Juan fue militante de la LC23S, aprehendido el 3 de septiembre de 1977 en Culiacán y detenido-desaparecido en el cuartel de la 9a. Zona Militar, en Culiacán, y en un centro clandestino de detención administrado por el Ejército y la Dirección Federal de Seguridad, en la misma ciudad. Juan pasó casi tres meses como detenido-desaparecido y fue liberado en diciembre de 1977. Falleció en febrero de 2018 sin haber encontrado justicia.

Lourdes, militante de la ACNR:

Nosotros para empezar, como muchos compañeros desde la secundaria, estuvimos muy influenciados por dos momentos históricos: uno es la Revolución cubana y el movimiento latinoamericano por su identidad y la búsqueda de un modelo propio de gobierno y de satisfacer las necesidades de la gente, y la guerra de Vietnam. La guerra de Vietnam nos da la oportunidad de conocer lo que ellos llamaban “guerra del pueblo-ejército del pueblo” [...]. La revista *Política*, que fue una de las grandes formadoras de la conciencia en este país, hablaba de todos estos movimientos. Incluso *Política* le dio una gran cobertura a todos los encuentros tricontinentales

por la liberación de los pueblos que se hicieron en Cuba, y en esos encuentros tricontinentales se juntaba no sólo la gente de los movimientos de liberación nacional, que luchaban por la independencia, como por ejemplo el Congo Belga, Argelia, los países africanos, que ellos eran colonias, con gente de América Latina, que eran países emergentes dependientes del imperio norteamericano.

La Revolución cubana de alguna manera, y la lucha que da por su identidad y su independencia del imperialismo yanqui, te forma una conciencia en primer lugar de identidad latinoamericana o de identidad americana, te forma esa identidad y aparte te hace ver hasta dónde eres dependiente desde el punto de vista económico, ideológico, social del imperialismo norteamericano. Y estamos hablando de los 60, donde había más identidad nacional que la que hay ahora. Esa lucha de los cubanos es la que te hace conciencia. Y, por otro lado, la lucha de los africanos te hace espejarte, hasta dónde sigues siendo una colonia, que sigues teniendo patrones culturales eurocentristas o bien angloamericanos [...] la revista *Política* se vendía en todos los puestos de periódicos, no así la literatura que venía de la Unión Soviética, esa la tenías que ir a buscar en los locales especiales donde se vendía, lo mismo que la literatura que venía de China.

Además de las lecturas compartidas, otro de los factores que contribuyó a dar identidad a esta generación fue la experiencia del autoritarismo. La radicalización de amplios sectores juveniles durante este periodo se vincula directamente a la experiencia de solidaridad con las luchas de los trabajadores campesinos, obreros y sectores populares. De aquí se deriva otro de los aspectos que suelen reducirse en los estudios sobre las izquierdas. Usualmente, la radicalización de los jóvenes se presenta como el resultado inmediato de la represión a los movimientos estudiantiles. En este sentido, la memoria del 68 se impone, en particular la de aquellos jóvenes de la Ciudad de México que fueron impulsados por el movimiento y la masacre. Entonces, la radicalización de las juventudes y sus derivas resultan de un acto único de represión brutal. Quizá el único

en advertir la complejidad de la radicalización fue Carlos Montemayor, quien sostuvo, en *La violencia de Estado en México*:

Tanto las juventudes comunistas, que rebasaron los límites ideológicos y estratégicos del Partido Comunista, como los movimientos insurgentes campesinos, constituyeron un proceso de cambio [...] independiente y anterior al movimiento del 68, por lo que sus cauces y sus consecuencias no fueron coincidentes de manera automática [...]. El movimiento estudiantil del 68 no puede considerarse, pues ni así lo consideró el propio ejército mexicano, como el origen automático de alzamientos radicales y armados posteriores, aunque su aportación política al desenvolvimiento del país fue mayúscula.

Sin duda, este contexto alimentó la acción de las juventudes y su decisión de enfrentarse al régimen para cambiarlo. Pero no fue la determinación en última instancia, sino un proceso más complejo en el que entró en juego la larga experiencia de vivir bajo un régimen autoritario. Lula vuelve sobre los pasos del 68 y la experiencia acumulada de autoritarismo:

Tú no podías seguir llevando a los movimientos de masas a una muerte segura, definitivamente, para mí... no es que yo crea que los muchachos sabían lo que iba a pasar, yo creo que nadie se esperaba lo que pasó el 2 de octubre, pero sí había los suficientes antecedentes históricos como para darte cuenta que el Estado iba a dar una solución de fuerza. Por ejemplo, en 67, en una manifestación de copreros, al Estado no le tembló la mano, o al virrey del estado de Guerrero no le tembló la mano para masacrar a los copreros, y no eran ni uno ni dos, eran cientos [...]. A los médicos, también... pues si no los masacraron, también los reprimieron.

No sólo la experiencia directa de la represión, sino todos los procesos acumulados de luchas y proyectos políticos democráticos que fueron cancelados por la represión autoritaria formaron un sedimento de memoria de resistencia y derrota

que alimentó la subjetividad política de la nueva generación. Ante el cuestionamiento de si las acciones de las organizaciones guerrilleras habrían provocado un aumento de la represión, Felipe, militante de la Unión del Pueblo, vuelve a ese sedimento de memoria y es tajante: “la represión ha existido con o sin organizaciones político-militares, y le han roto a la madre a los movimientos masivos, movimiento ferrocarrilero, movimiento médico [...]. No necesitaban organizaciones clandestinas político-militares para desatar la represión, ¡por favor!”. Felipe fue detenido-desaparecido en 1990 y recluso como preso político durante siete años.

Entre 1958 y 1968, diversos movimientos populares se enfrentaron al Estado autoritario: el movimiento ferrocarrilero y el movimiento de maestros en 1958, el movimiento médico en 1965; también movimientos cívicos relevantes, como la Asociación Cívica Guerrerense y la Unión Cívica Potosina, entre 1959 y 1963; movimientos campesinos, como los de Chihuahua entre 1960 y 1965, o el de Morelos, encabezado por el movimiento jaramillista. Cada uno de estos movimientos puso en evidencia la exclusión de la modernización política y económica, así como los límites del Estado autoritario. Ninguna de las expresiones de disenso quedó a salvo de la represión.

Para esa juventud movilizada, la experiencia histórica del autoritarismo situó al 68 no como excepcional, sino como una expresión de los mecanismos del régimen autoritario. Entre esos mecanismos hay que sumar la práctica de la desaparición forzada, de la que se echó mano con más frecuencia de lo que hasta ahora suponíamos. Es decir, la masacre de 1968 no fue un momento único cuya brutalidad lanzó a toda una generación a tomar vías no pacíficas para la transformación del régimen.

En ese sentido, la opción por la lucha política con el uso de las armas y la violencia no fue una novedad introducida por el movimiento armado de la década de 1970. Los movimientos armados en México han sido comunes y recurrentes. Muchos movimientos sociales, campesinos sobre todo, han encontrado en la vía armada formas de autodefensa o un canal para hacer llegar sus demandas políticas o de justicia social a los

gobiernos. En un famoso pasaje de su autobiografía, Rubén Jaramillo muestra la recurrencia a las armas. Recuerda que en 1918, al retirarse del ejército zapatista, dijo a su tropa:

El pueblo, y más las futuras generaciones, no permitirán vivir esclavas y será entonces cuando de nueva cuenta nos pondremos en marcha, y aunque estemos lejos los unos de los otros no nos perderemos de vista, y llegado el momento nos volveremos a reunir. Guarden sus fusiles cada cual donde lo pueda volver a tomar.

La diferencia cualitativa de la guerrilla de los sesenta y setenta frente a otras expresiones armadas en la historia política de México no fue la opción por las armas, sino la nueva subjetividad política que las empuñó. A pesar de que en los últimos años han aparecido estudios sobre el movimiento armado, caracterizado como socialista, que nos han brindado elementos más elaborados para comprender la compleja formación de las organizaciones guerrilleras, aún es común encontrar textos sobre la historia de las izquierdas que juzgan el conjunto de las organizaciones guerrilleras por alguna de las derivas que tomó hacia finales de la década de 1970. El juicio más común es el de “militarismo” —como una devoción por las armas—, que no sólo se adjudica a la política de las organizaciones, sino se extiende a la generación y la presenta como una de sus características. Entonces, la opción por las armas aparece como el resultado lógico de una generación militarista y no como producto de un largo y complejo proceso, del cual he señalado algunos elementos.

La vía armada y la violencia política como formas de la nueva disidencia se desarrollaron, como he mencionado, durante el proceso de resistencia al régimen autoritario y ante la derrota de innumerables esfuerzos de construcción democrática. En un primer momento se presentó como autodefensa ante las agresiones, y fue evolucionando hasta constituirse en una opción política: la guerrilla como un momento en la construcción del ejército del pueblo que dirigiría la revolución socialista y la liberación nacional. Abdallán Guzmán, militante del

Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), lo resumió de la siguiente manera en *La guerrilla de los 70*:

Para nosotros, el portar un arma no era para enfrentarnos contra el Ejército o algún aparato represivo, sino para la autodefensa, para no someternos a la voluntad del enemigo y continuar con el objetivo supremo: construir la organización de las fuerzas armadas populares para disputarle el poder político a la burguesía, para arrebatarle el poder y ponerlo al servicio de las clases populares.

Las organizaciones guerrilleras no fueron las únicas en tomar las armas como autodefensa. Muchas organizaciones campesinas o populares del periodo también estaban armadas —con rifles viejos y pistolas de bajo calibre— para protegerse de agresiones, resguardar manifestaciones y acompañar tomas de tierras. Jesús expone el caso de la COCEI:

La COCEI que se plantea la lucha no necesariamente por la vía armada, pero no la descarta y no rechaza la vía armada. Pero considera que es posible lograr algunas transformaciones mediante la movilización popular, y también, por la necesidad, dependiendo las circunstancias, acompañando la movilización popular con algunas formas de autodefensa, porque también la COCEI llega a echar mano de este método, pero no como estrategia, sino como un recurso de autodefensa. Aquí, por ejemplo, en Juchitán, en la región del Istmo, el Estado recurría para sofocar la lucha a la violencia, mediante la participación de todas las fuerzas represivas: la policía municipal, la policía del Estado, el Ejército, pistoleros, porros [...] entonces el movimiento se ve en la necesidad de echar mano de ciertos recursos para poderse defender [...]. Lo mismo para proteger a quienes participaban en los mítines o en las manifestaciones o en las labores de propaganda, ya sea en la calle o en algunos espacios como el mercado, por ejemplo, para dar alguna información se acompañaba al grupo encargado de llevar a cabo esta labor de información y propaganda, se

acompañaba de cierto cuerpo de seguridad, y el cuerpo de seguridad no iba con las manos vacías, siempre portaba un arma para poderse defender.

El ejercicio de la violencia política no sólo correspondió a una forma particular de la disidencia, y la opción por las armas iba más allá de la etiqueta “militarista” que en algunos momentos se le dio al conjunto del movimiento armado. El contacto entre los grupos guerrilleros y las organizaciones populares fue mucho más cercano, porque muchas de las organizaciones guerrilleras salieron directamente de las luchas populares. Por fortuna ya han aparecido algunos testimonios, o compilaciones, presentados en encuentros, que aportan elementos para otra comprensión de la guerrilla. Si se revisan esas memorias, las historias hasta ahora escritas, incluso los reportes policíacos, la militancia guerrillera, además de estar sostenida en la utopía socialista, se concentró en esencia en trabajos de organización y propaganda. La gran mayoría de los núcleos guerrilleros fue desarticulada o eliminada en ese proceso. Pese a ser las que llevaron a cabo acciones militares ofensivas relevantes, la ACNR y el PDLP-Brigada Campesina de Ajusticiamiento fueron eliminados cuando aún estaban en fase de formación. Lula recuerda sobre el comando urbano de la ACNR:

Más bien como una célula de apoyo, yo siento más bien que era un grupo o una célula de apoyo, porque eso es en realidad lo que fuimos, no obstante que yo estuve en Guerrero, y estuve haciendo algunas cosas, al final del día era una célula de apoyo.

Por su parte, Ramón recuerda sus labores cuando ya era militante de tiempo completo en la LC23s, en la clandestinidad:

Empezaron tareas más específicas, como repartir *Madera*, las repartizas que le llamaban, y tenía que ser bien resguardadas, con contención. Porque onde te veía que andabas repartiendo *Madera* te rajaba, tenías que organizarla: primero elegir el punto donde se iba a repartir y luego ya

elegir la estrategia cómo se iba a llevar a cabo. Gracias a Dios siempre fueron exitosas las repartizas, las pegas, las pintas que hacíamos [...]. Aparte de repartir *Madera*, elegíamos a la gente más avanzada, y ya formábamos no brigada, sino grupos. Entonces, con esos grupos de trabajadores discutíamos los puntos del *Madera*, la discusión del *Madera*, del periódico.

No todo fue terso. Hubo rupturas violentas contra otros grupos de izquierda, enfrentamientos políticos internos, descuidos graves que llevaron a la cárcel, la tortura o la muerte a decenas de militantes. Todo eso también formó parte de esta historia que, pese a los avances, apenas estamos comprendiendo y explicando.